

Nuestros núcleos identitarios

1) Recibir la Vida como Viene

En el Hogar de Cristo, para nosotros, el método tiene nombre: recibir la vida como viene.

- Recibir la vida como viene es recibir todas las vidas, como vienen. Todas las vidas como vienen, pero empezando por las más rotas. Nos da miedo la vida más rota, pero el dolor, el sufrimiento, el grito es la puerta del Hogar de Cristo. La vida como viene se recibe mejor en la cruz, porque la cruz es apertura. En general, entonces, el momento del dolor, cuando al pibe lo echaron de la casa, cuando la mamá llora porque ya no sabe qué hacer con el pibe, ahí, la vida se te abre, se te ofrece para acompañar.
- Recibir la vida como viene te desinstala. Porque claro, vos armaste Cáritas con los voluntarios que tenías en la parroquia, entonces, Cáritas atiende martes y jueves de 17 a 19:30 h. Ahora, la necesidad, el que llega con frío, no viene siempre martes y jueves de 17hs. a 19:30 hs. Viene en cualquier momento. Recibir todas las vidas te desinstala, te complica. Es adaptar nuestras ideas y programas a la realidad y no la realidad a ellos.
- Recibir la vida como viene se hace con su propio deseo, no proyectando el mío, no proyectando lo que yo creo que está bien. Desde ya que queremos que el pibe se recupere, pero él va a poder caminar, en la medida en que vaya en la línea de su deseo.
- Recibir la vida como viene es recibir toda la vida, no una parte de la vida. Recibir toda la vida es recibir todas las preocupaciones del otro y esto es muy importante. Las preocupaciones del otro son las que marcan el camino, no mis propias preocupaciones.
- Recibir toda la vida como viene es también desarrollar una mirada integral que supere la fragmentación temática propia de las especialidades y disciplinas. Es la mirada que no se acaba en los aspectos psicológicos, médicos, educativos, laborales sino que se ensancha para verlo y acompañarlo todo, también el tiempo, el cumpleaños de 15, la enfermedad, la soledad, la compañía de los días feriados, el noviazgo, las dificultades con el dinero, la cárcel, etc. Recibir la vida como viene es mirar la INTEGRALIDAD de la vida, todos sus aspectos y dimensiones y disponerse a acompañar. Decimos que el abordaje es bio-psico-social y también espiritual, porque estamos atentos a las necesidades del cuerpo, del alma y del espíritu. Estas necesidades van desde las más básicas como alimentación, alojamiento y vestimenta –cuando no alfabetización– hasta las más complejas, como su autoestima y el volver a proyectar, a valorar y a apasionarse por la Vida, pasando por su salud física, psicológica, su identidad, la regularización ante la justicia, la reconstrucción de sus vínculos familiares, experimentar una verdadera relación “sujeto-sujeto”.
- Recibir toda la vida implica, no solamente la mirada integral, sino un primer punto de partida que es ese acto radical de amor. Si la persona no puede salir adelante, el amor va a hacer que pueda seguir estando. Y si se va y quince días o un mes después, vuelve siendo un cachivache. ¿Se le va a bajar la persiana porque volvió? No, lo seguimos amando y estando a su lado.
- En la vida viene Dios, entonces, hay que leer la realidad con mirada de fe. La fe es la clave de lectura para la realidad. Es importante, porque ahí cobran otro color nuestras respuestas, nuestra apertura. Si leemos la vida con fe y comprendemos que, en los acontecimientos, por el misterio de la encarnación, hay algo de Dios, entonces nuestra identidad es el diálogo con Dios que viene. Muchas veces, pareciera que pensamos que la espiritualidad es juntarse en un grupo a mirar el cielo y a repetir oraciones; también, pero estamos hablando de otra cosa, que me parece a mí que es más profunda. Se trata de esto de ser contemplativos en la acción, es el esfuerzo por leer cotidianamente la vida que viene, con fe.

- Recibir la vida como viene es todo un programa de vida espiritual que lleva directo a la santidad. Si uno es fiel al Dios que viene, Dios te va a hacer feliz, te va a hacer plena/o.
- En nuestro método, el fracaso, la frustración, la dificultad es un puerto, un puerto donde nos vamos, otra vez, a concentrar, a mirar, a discutir, a discernir juntos, para dar a luz una nueva respuesta.

Este método es un programa pastoral. Recibir la vida viene como viene, tiene que ver con plantar la Iglesia en lugares de profundo dolor y estar dispuesto a dejarse interpelar por ese sufrimiento e ir transformando nuestras estructuras para cuidar mejor la vida, para acompañarla, para alentarla, para hacerla crecer y para que las personas que nosotros empezamos a acompañar sean protagonistas de la historia y sean protagonistas de nuestra comunidad y sean en el fondo los que protagonicen la vida de esas pequeñas estructuras que nosotros plantamos. O sea, las estructuras pastorales tienen que estar en diálogo con la vida concreta y dejarse interpelar por esa vida concreta y dejarse transformar. Es así que uno se encuentra realizando cosas que no esperaba para nada encontrarse haciendo

2) Cuerpo a Cuerpo

Acompañar cuerpo a cuerpo implica que cada persona es sagrada, cada uno vale la pena, cada vida es una historia sagrada. Está la multitud pero está cada uno. Eso es lo que tiene el Señor, en el Evangelio Jesús nos maravilla con esa exquisita humanidad de moverse entre las multitudes y a la vez tener lugar en su corazón para cada uno.

Las dimensiones de los problemas se toman metiéndose en medio, teniendo iniciativas, tomando decisiones, no se pueden resolver si no es andando. Por eso en los centros barriales la inclusión es una búsqueda cuerpo a cuerpo. En este cuerpo a cuerpo como Familia Grande se abraza el dolor, ya que hay heridas del alma que sólo cura el amor. Cada persona es sagrada, ninguna vida está de sobra. Y para que la inclusión sea real, y no quede nomás en el plano de las ideas, es necesario que se plantee el trabajo de modo personal. Hay que mirar las necesidades concretas de cada uno y preguntarse cómo resolverlas. Las tareas son tan diversas como las personas, el desafío es la inclusión social, y eso no se logra planteando una estructura rígida, sino ensayando nuevos caminos con creatividad y audacia.

Cuando acompañamos desde al lado, cuerpo a cuerpo, aquellos que veíamos como diferentes y lejanos tocan nuestra propia vida en una dimensión nueva que nos transforma en hermanos, ellos se transforman para nosotros en compañeros de historia, en compañeros de camino, sin los cuales nos resulta difícilísimo seguir adelante. En este encuentro nosotros aprendemos de ellos tanto como ellos aprenden con nosotros.

Por ello escuchar es central para poder empezar con las cuestiones básicas como ¿dónde dormirá hoy?, ¿qué urgencia de atención de salud tiene?, comenzar a buscar su DNI o buscar dónde está su hijo. La primera escucha es paciente y procura generar un vínculo de confianza que permita hacer pie para empezar “algo”. Nuestra propuesta central es la de generar sentido de pertenencia, y, desde allí, autonomía, autocuidado y cuidado colectivo.

En la Familia Grande Hogar de Cristo se encontró un sentido espiritual en su acción porque toda su intervención tiende a comprender la trayectoria de la vida de cada persona que llega. Esto implica entender la historia sagrada de cada persona, imagen y semejanza de Dios, con igualdad de derechos y posibilidades. Sólo desde esta mirada de la vida se respetan los tiempos de cada uno, se arma un plan de acompañamiento único sin recetas, se recibe la vida como viene sin estándares normalizados de progreso o éxito en la vida. Toda nuestra intervención está centrada en las personas, pero no sólo en su

relación con las drogas. No sostenemos recetas. Cada quien tiene y porta su singularidad por lo que requiere una estrategia única que a su vez no tiene ninguna posibilidad de concreción en soledad sino formando parte de la comunidad. Nuestra intervención se sostiene en el entramado comunitario. Es con otros que se favorece la construcción de un lazo social que permite hermanarse, sentirse parte, salir de la desolación.

En definitiva, nos acercamos al dolor de los otros, con quienes compartimos la misma condición humana desde la compasión, que implica sabernos humanos, reconociéndonos frágiles y fuertes a la vez porque compartimos el mismo aliento de Dios.

En la Familia Grande la cultura del encuentro la expresamos a través del abrazo. En ese abrazo vencemos todas las diferencias sociales y generacionales. En ese abrazo se rompe todo eso. No importa que venga sucio, que tenga HIV, TBC, no importa lo que hayas hecho, no importa cuánto tiempo lleves con la misma ropa puesta. Ese abrazo es el gesto más profundo de que recibimos al otro así tal cual es, con todo lo que trae. O sea, los recibimos con un abrazo, los vamos a buscar si no vienen, los vamos a buscar si recaen y tienen vergüenza de volver, estamos siempre. En ese abrazo que recibe la persona que llega al Hogar de Cristo para internarse vuelve la Iglesia a ser el signo del amor de Dios. El Hogar de Cristo es una forma renovada de ser Iglesia que abraza y sale al encuentro del descartado y herido por el sistema y la indolencia social. La lucha por la liberación y la transformación de los últimos que allí se hace implica una opción concreta y jugada que se ve en las acciones cotidianas. El aire nuevo que está trayendo Hogares de Cristo, de la mano de los acompañantes pares, a la Iglesia es justamente a partir de las víctimas que están en la periferia. Esto reconfigura el modo de ser y hacer Iglesia ya que la hace dinámica y flexible frente a cada vida rota que llega. Frente a tanta demanda y urgencia es imprescindible dar respuestas.

«Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme»

El texto de Mateo no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. En este llamado a reconocerlo en los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse. Nos dice que todos tenemos una misión en este mundo, es más, cada uno de nosotros puede decir “Yo soy una Misión”. Ninguno está de sobra acá, ninguno es un adorno en la vida. Cada uno tiene un valor único, irrepetible, por eso cada uno es una misión, y descubrir cuál es la misión de uno en la vida es el gran desafío y se identifica con ese camino de santidad que Dios quiere para uno y esa misión es fuente de alegría en la vida.

Estamos llamados a ser, cada día, discípulos de Jesús, redescubriendo las obras de misericordia como dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, sanar heridas del corazón, aconsejar, enseñar a aceptarse, con todas sus debilidades y fortalezas, mostrar que otros caminos son más saludables, corregir al que se equivoca, consolar al triste, perdonar las recaídas, soportar con paciencia las actitudes agresivas o violentas, devolverle la dignidad a todos los que se vieron privados de ella. De esta manera quienes se acercan a la Familia Grande van reconociendo el amor de Dios y el amor de todos, para que logren quererse y abrirse al amor hacia los demás. Es nuestra tarea anunciar y ser testigos del amor misericordioso de Dios.

3) Somos Iglesia

El kerigma es “lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar”. Es lo ‘primero’ en sentido cualitativo porque es el anuncio principal, que no puede faltar, ni opacarse con nada, ni olvidarse para reemplazarlo por contenidos más profundos. Es necesario un anuncio que hable al corazón, que encienda la esperanza: “Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte”. Este anuncio del amor que vence a la muerte, nos interpela a hacernos cargo del dolor del hermano. En la esencia del Evangelio está el compromiso con los otros y está la vida comunitaria. Por eso en los Centros Barriales, Iglesias locales en salida, salimos para encontrar sin pasar de largo, nos declinamos sin desidia, tocamos sin miedo.

Buscamos en las raíces del Evangelio el modo de concebir la vida y la fe; también buscamos que este modo de vivir nuestra Iglesia, en el que estos chicos y adultos no quedan afuera, sino que están dentro, son parte importante, interpela a la misma Iglesia. Estas personas van teniendo un lugar en donde antes eran quizás dejadas afuera o tratadas como solamente a quienes tenemos que ayudar, algo como “te ayudo a levantarte” y ya está, sin darle a través de una presencia protagónica una duración diferente al vínculo. Por eso los centros barriales son una respuesta pastoral y, por consiguiente, un modo de vivir la Iglesia. Es que “antes que una acción o una suma de actividades, la pastoral es una forma de comportamiento hacia la realidad”. Es un modo de pararse frente a la realidad. La pastoral implica, por consiguiente, un engendrar sentidos en la historia, un ‘hacer’ sentidos.

Ser Iglesia nos da un lugar en nuestros barrios en los que venimos sosteniendo la cotidianeidad con coherencia, con amor y con el cuerpo todos los días. En esto de recibir la vida como viene, se nos juega algo bien grande, nuestra pertenencia eclesial. Porque, en última instancia, si Dios viene y entramos en diálogo con eso, lo que estamos construyendo es la Iglesia.

Ser Iglesia es saberse parte de un Cuerpo y buscar la comunión. A veces nos encontramos con que otras instancias eclesiales no nos entienden. No hay que dejar nunca de buscar la comunión en todos los niveles, en nuestro barrio, con el obispo, con los curas, con la Caritas, con las pastorales, etc.

También es necesario superar los límites de la Iglesia visible en otra dirección, uniéndonos y buscando ayuda en la Iglesia del cielo. Por eso los patronazgos por ejemplo de San Miguel Arcángel, Madre Teresa, San Alberto Hurtado, San Juan Bosco, etc., no son meramente nominales. A ellos recurrimos, en ellos nos inspiramos, a ellos involucramos conscientes de que solos no podemos, y sentimos que gustosos se involucran y se hacen presentes entre nosotros.

4) Somos Familia

Los centros barriales plantan la Iglesia en lugares de profundo dolor. En lugares de exclusión social grave y de orfandad de vínculos. Aparecen allí donde se necesita de la Iglesia como familia grande que hace lugar. La Iglesia se instala así de modo rápido, un poco sin tener todo organizado, calculado, se hace prójima a modo de hospital de campaña y no pregunta mucho, no anda con vueltas, se dedica a curar, su medicina casera, familiar, es la misericordia. Es lo que la comunidad de Jesús puede dar. La comunidad de discípulos misioneros pone su confianza más en la providencia que en las estructuras y se abre a recibir la vida como viene.

Nos basamos en el principio de “hacer familia” porque es lo que permite generar vínculos en el interior de un hogar, para que se representen progresivamente en el interior de la persona que se encuentra existencialmente sola, permitiéndole encontrar un hermano con el cual contar.

Los varones y las mujeres que se decide acompañar son huérfanos de amor. Llegan con una necesidad brutal que no es otra cosa que la soledad absoluta en la que viven. A ellos y ellas cuando se les pregunta si tienen algún amigo responden: “En la calle no hay amigos”. Deducimos que es por ese motivo que nuestros lugares tienen tanto impacto en las personas que llegan a él: creemos que, ante esa “necesidad brutal” nosotros también tenemos nuestra respuesta rotunda: “hacemos familia”, “hacemos lugar”. Por eso formar familia es estar donde y cuando se es indispensable, con los brazos abiertos y la mesa puesta para quien necesite llegar.

La definición del Papa Francisco sobre la Familia en su viaje apostólico en Ecuador en el 2015 es un gran aporte para la Familia Grande Hogar de Cristo: “La familia es el hospital más cercano, cuando uno está enfermo lo cuidan ahí, mientras se puede. La familia es la primera escuela de los niños, es el grupo de referencia imprescindible para los jóvenes, es el mejor asilo para los ancianos. La familia constituye la gran «riqueza social», que otras instituciones no pueden sustituir, que debe ser ayudada y potenciada, para no perder nunca el justo sentido de los servicios que la sociedad presta a sus ciudadanos. En efecto, estos servicios que la sociedad presta a los ciudadanos no son una forma de limosna, sino una verdadera «deuda social» respecto a la institución familiar, que es la base y la que tanto aporta al bien común de todos.”

Hacer familia es alojar a cada cual tal como es y está para que pueda sentirse uno/una en relación con los demás que es lo que necesitamos los seres humanos para constituirnos como tales. Esto se puede hacer porque la Familia Grande está fuertemente atravesada por vínculos basados en el amor, el cuidado, el respeto y la aceptación plena y total de la diversidad. Una frase que repetimos mucho en el hogar es “la alegría de saber que no estamos solos”. Lo más fuerte que tenemos y lo cual nos caracteriza es que somos muchos los que decidimos caminar, con miedos y diferencias, pero caminar juntos. El concepto de comunidad-familia se presenta como la base que genera la posibilidad de arrancar, de hacer pie, un lugar donde estar, un lugar adonde volver, un lugar para ser. Esta representación del centro barrial como una familia da la certeza de que en el Hogar se los va a amar y recibir pase lo que pase.

El ser familia es un aprendizaje, es un camino y no un punto de llegada. No hay un libro que nos diga cómo serlo, ni cuál es la ideal; todas se van construyendo con los vaivenes propios del crecimiento humano, sus fragilidades y las del contexto. Sin duda toda familia parte de un piso común que la organiza; y a nuestra Familia Grande del Hogar de Cristo lo que la organiza es nuestra respuesta al dolor que es también nuestro punto de partida; ese dolor difícil de contar o transmitir porque desborda cualquier lógica humana y de lenguaje. Esta respuesta es la misericordia.

La clave más profunda no está en darle de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el desnudo, el enfermo, el preso, el desalojado tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas, de sentirse “en casa” entre nosotros, de sentirse familia. Eso hace que las personas que llegan al hogar confíen en él, porque lo sienten como su lugar, un lugar seguro, de contención, donde son amados incondicionalmente, donde siempre va a haber alguien para escucharlo, para compartir un mate, una comida. Y la confianza del lazo se juega ahí, en la cotidianidad de la presencia del compartir de todos los días. Un espacio donde ellos son recibidos siempre, no importa en qué estado vengan ni con qué sentimientos o preocupaciones.

Las situaciones de extrema fragilidad e indigencia son abrazadas en el Hogar de Cristo, por personas que han sido previamente acogidas y abrazadas en los mismos hogares. Estas personas también han vivido casi toda su vida en situación de pobreza o indigencia, y con una gran fragilidad afectiva y vincular. A estas personas se las denomina acompañantes pares, porque son uno más de ellos y aún están en proceso de recuperación. Reciben la vida como viene, frágil, vulnerada, desbastada, sin un sentido por

el cual vivir; en consumo, herida por una bala de la policía o de una pelea callejera o por el ajuste de cuentas con algún narco. Vidas sucias, con hambre, con vergüenza, y necesitadas de un fuerte abrazo. Y es ese abrazo lo que encuentran y reciben de los acompañantes pares. Este es el punto de partida desde donde la vida comienza a tener un nuevo sentido. Ellos son los que ejercen la hospitalidad en su acompañamiento. Ejercer la hospitalidad implica partir muchas veces de un caos, de una emergencia, de situaciones que *a priori* parecen sin solución. La confianza y el abandono en las manos de Dios son claves a la hora de ejercer la hospitalidad. Dar lugar a la gracia es el primer acto-motor para que la hospitalidad tenga efecto. La hospitalidad siempre parte de una situación de necesidad y, en particular, en los Hogares de Cristo son situaciones de gran miseria. Por eso la hospitalidad ejercida en el Hogar de Cristo presupone la gracia. La gracia es la humanidad nueva y plena que trae Jesús resucitado y penetra en todas las dinámicas humanas y sociales.

5) Transformación de la Realidad

Nos ilumina este fragmento del discurso del papa Francisco durante el II encuentro mundial de movimientos populares en Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia: ¿Qué puedo hacer yo, cartonero, catadora, pepenador, recicladora frente a tantos problemas si apenas gano para comer? ¿Qué puedo hacer yo artesano, vendedor ambulante, transportista, trabajador excluido si ni siquiera tengo derechos laborales? ¿Qué puedo hacer yo, campesina, indígena, pescador que apenas puedo resistir el avasallamiento de las grandes corporaciones? ¿Qué puedo hacer yo desde mi villa, mi chabola, mi población, mi rancharío cuando soy diariamente discriminado y marginado? ¿Qué puede hacer ese estudiante, ese joven, ese militante, ese misionero que patea las barriadas y los parajes con el corazón lleno de sueños pero casi sin ninguna solución para sus problemas? Pueden hacer mucho. Pueden hacer mucho. Ustedes, los más humildes, los explotados, los pobres y excluidos, pueden y hacen mucho. Me atrevo a decirles que el futuro de la humanidad está, en gran medida, en sus manos, en su capacidad de organizarse y promover alternativas creativas, en la búsqueda cotidiana de «las tres T» ¿De acuerdo? (trabajo, techo, tierra) y también, en su participación protagónica en los grandes procesos de cambio, Cambios nacionales, cambios regionales y cambios mundiales. ¡No se achiquen!

Hace años que venimos trabajando en la evangelización del Estado y las instituciones, como un intento por transformar sus prácticas de modo tal que fueran más inclusivas, que abrazaran a todos, que no dejaran a nadie afuera. Desde entonces, el intento fue siempre el de compartir la mirada compasiva de Jesús a fin de superar las burocracias, trabas y dificultades.

Es necesario pensar la respuesta pastoral del Hogar de Cristo en su relación con las comunidades terapéuticas, los hospitales, paradores, escuelas, ONGs, y fundamentalmente con otros espacios e instituciones de la misma Iglesia y con el Estado. Esa relación no significa la aprobación de las políticas ni un cierto tipo de afiliación partidaria (no trabajamos con los partidos sino con el Estado), sino el reconocimiento de que ese Estado es responsable de los derechos de esa persona que estamos acompañando. Cuando las prácticas de esas instituciones son parte del problema, es tarea del Hogar luchar por transformarlas. En muchos casos se ayuda a los vecinos a conseguir los títulos de propiedad de sus viviendas, a urbanizar sus barrios y también ya están apareciendo proyectos de construcción de barrios con las mismas familias que los habitarán.

Queremos contribuir en trabajar junto con la gente de nuestros barrios en mejorar los procesos de trabajo, proveer infraestructura adecuada y garantizar plenos derechos a los trabajadores de este sector alternativo. Estamos convencidos que cuando Estado y comunidad asumen juntos la misión de «las tres T» se activan los principios de solidaridad y subsidiariedad que permiten edificar el bien común en una democracia plena y participativa.

Nuestros esfuerzos por transformar las instituciones, la comunidad o la cultura son también intentos por cambiar las condiciones que empujaron a las personas que acompañamos a esa situación de desamparo y exclusión. Si el hospital fuera más amigable y abierto, si se animara a salir, probablemente la situación de salud no sería tan crítica en las personas que encontramos en la calle. Si la comunidad fuera más hospitalaria y solidaria, la orfandad de las personas que encontramos no sería tanta.

Los centros barriales se abren a las relaciones institucionales, a formar una red que solo es posible cuando se mira la vida íntegramente, y con compromiso se acompaña a quienes deben recorrerla. Así, partiendo de las periferias existenciales en que discurren las vidas de las personas alcanzadas por los Centros Barriales, el Hogar de Cristo se abre a buscar respuestas en el intento por transformar las prácticas de las instituciones cuando hacen inaccesible la satisfacción de sus necesidades.

El lavatorio de los pies simboliza la entrega más radical al prójimo lo que constituye a la hospitalidad como una acción profética y por eso también social y política. Esto significa que Dios se revela en una historia social y política. El proceso histórico de salvación y liberación es un proceso social en cuanto que se van dando relaciones personales y comunitarias con Dios en la realidad histórica. Y es un proceso político en cuanto que se van dando transformaciones en la sociedad en relación a las estructuras económicas, educativas y sanitarias. El hilo que va tramando estos procesos es la fe concretizada en la justicia social. La justicia así es el signo más evidente de la realización del Reino de Dios en la historia. Por ello todo aquel que vive su fe con la mirada puesta en el Reino su referencia de acción es la justicia social. No se pueden considerar de este modo acciones que no promulguen una vida digna y con los mismos derechos para todos y todas. Por ello el servicio y la hospitalidad, simbolizadas en el lavatorio de los pies, son parte constitutivas de la justicia social.

Preguntas para el Texto:

¿Cómo veo estos núcleos reflejados en mi Hogar de Cristo? Podemos dar algunos ejemplos.

¿Cuál de todas las ideas aquí presentadas mejor nos identifica?

Describir 3 características esenciales de mi Hogar de Cristo

Reflexionar sobre las fortalezas y debilidades de mi Hogar de Cristo

¿Cómo contribuimos como Hogar de Cristo para que la Iglesia pueda primerear y anunciar el evangelio de Jesús?

A partir de lo compartido ¿tendríamos algún aporte para sugerir?